

# LAS PARTERAS DE EGIPTO

## Biblia y temas de hoy

Luigino Bruni

# Las parteras de Egipto

Libertad, trabajo y gratuidad en el Éxodo



Ciudad Nueva

El contenido de este libro se basa en los editoriales publicados por el Prof. Luigino Bruni en el periódico *Avvenire* entre el 10 de agosto y el 28 de diciembre de 2014. Nuestro agradecimiento al director, Marco Tarquinio.

Traducción: *Isaías Hernando*

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: *Antonio Santos*

© 2017, Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-372-0

Depósito legal: M-10.645-2017

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

# Una mirada de mujer que nos salva de los imperios

Dios les mandó a sus ángeles para lavarlos,  
ungirlos y ceñirlos,  
y para poner dos piedras pulidas:  
de una succionaban leche y de la segunda tomaban miel.  
E hizo crecer sus cabellos hasta las rodillas  
para que se cubriesen con ellos  
y para adornarlos y mimarlos,  
por su misericordia con ellos.

*Crónicas de Moisés*

Siempre ha habido imperios. Y sigue habiéndolos. Pero hoy nos estamos acostumbrando a ellos y cada vez nos cuesta más reconocerlos. Sin embargo, si no los reconocemos, no podemos llamarlos por su nombre ni sentirnos oprimidos ni comenzar un camino de liberación. Solo nos queda la *soberanía* del consumidor, cada vez más solitarios y tristes en nuestros sofás. Leer y meditar el libro del Éxodo es un gran ejercicio espiritual y ético, tal vez el mayor de todos, para tomar conciencia de los «faraones» que nos oprimen y volver a sentir dentro deseos de libertad; para oír el grito de opresión de los pobres y tratar de liberar al menos a algunos de

ellos. Y para quienes quieren imitar a las matronas de Egipto, que aman a los hijos de todos.

Entre el Génesis y el Éxodo hay una continuidad directa: «Murió José y todos sus hermanos y toda aquella generación; pero los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron; llegaron a ser muy numerosos y fuertes y llenaron el país. Se alzó en Egipto un nuevo rey, que nada sabía de José» (*Ex* 1, 5-7). El faraón vivía como una gran amenaza el crecimiento demográfico de los israelitas (cf. 1, 10). Temía incluso que entre los nuevos nacidos hubiera alguien que lo desbancaría (cf. 1, 22), así que endureció las condiciones de los israelitas, es decir, de la heterogénea maraña de pueblos nómadas extranjeros que se encontraban en Egipto como siervos, entre los cuales acabaron también las tribus de Israel. «Les amargaron la vida con rudos trabajos de arcilla y ladrillos, con toda suerte de labores en el campo y toda clase de servidumbre que les imponían por crueldad» (1, 14). Pero el faraón no se limitó a los trabajos forzados para los hombres. Intentó una solución más drástica, con la que se abre una de las páginas más hermosas de todas las Escrituras: «El rey de Egipto dio también orden a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifrá y la otra Puá, diciéndoles: “Cuando asistáis a las hebreas, observad bien las dos piedras: si es niño, hacedle morir; si es niña, dejadla con vida”» (1, 15-16).

El oficio de partera era muy apreciado en Egipto y estaba muy desarrollado. En Sais había una escuela famosa en toda la Antigüedad, y dos parteras, Neferica-Ra y más tarde Peseshet, han pasado a la historia como las dos pri-

meras mujeres que ejercieron la medicina. La gente siempre ha considerado a las parteras como un *bien común*, mujeres que unen su trabajo a los dolores de las madres, luchando siempre por la vida, amadas por toda la comunidad, que recibe a sus hijos de sus manos expertas y buenas (la «Señora Germana», la última partera del pueblo en que nací, sigue siendo una estrella luminosa). Un oficio de la Antigüedad únicamente y totalmente femenino, que se ocupaba del final de la *gestación*, ese momento sagrado en el que las mujeres nos generan y regeneran el mundo.

En la cultura bíblica, al parto se le asigna un lugar central. Raquel, una de las figuras más bellas e importantes del Génesis, muere al dar a luz. Y durante ese último parto es cuando aparece en la Biblia por primera vez la palabra *partera*: «Le dijo la partera: “¡Ánimo, que también este es hijo!”» (*Gn 35, 17*). Aquella primera partera dijo, susurró palabras buenas y de esperanza (a las madres parturientas no se les habla, se les susurra, se las acaricia, se les habla con las manos). Pero con la muerte de Raquel nació Benomí-Benjamín. Después volvemos a encontrar a la partera durante el parto de Tamar, poniendo una «cinta escarlata» en la mano del primer gemelo (*Gn 38, 28*). Hasta llegar a las parteras de Egipto en último lugar, porque después de las palabras infinitas de Sifrá y Puá ya estaba todo dicho.

Aquel pueblo nómada, de partos difíciles en tiendas portátiles, quiso poner en el origen de su gran historia de liberación a dos parteras de Egipto. De Sifrá («la bella») y Puá («esplendor», «luz») no sabemos mucho. Es casi

seguro que fueron egipcias, tal vez las responsables de las parteras de los israelitas o de todo Egipto. Sabemos sus nombres, pero sobre todo sabemos que fueron las primeras *objedoras de conciencia*: «Las parteras temían a Dios y no hicieron lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños» (Ex 1, 17). El primer arte de la tierra es el de las parteras: «dejar que los niños vivan», nuestros niños y los de los demás, los niños de todos. Cuando este primer arte se eclipsa, la vida pierde el primer lugar y las civilizaciones se confunden, enferman y decaen. En ese *no* al faraón y en ese *sí* a la vida se conserva también una gran palabra para cualquier trabajo: la ley más profunda y verdadera de nuestras profesiones y de nuestros oficios no es la que emana de los muchos faraones, dominados por el ansia, antigua y nueva, de poder y de omnipotencia. Hay que respetar sus leyes solo *si* están y *cuando* están al servicio de la ley de la vida. Cuando olvidamos que la *ley de los faraones* es siempre la segunda ley y nunca la primera, todos nos transformamos en súbditos de imperios y no iniciamos ninguna liberación ni para nosotros ni para los demás. Sifrá y Puá nos dicen que «no hay que matar a los niños», ni a los niños egipcios ni a los niños hebreos. No hay que matarlos ni en Egipto ni en ningún otro lugar. Ni ayer, ni hoy ni nunca. Si queremos seguir siendo humanos. Y cada vez que no lo hacemos, no «tememos a Dios», no obedecemos a la vida y renegamos de la herencia de las parteras de Egipto.

En Sifrá y Puá –dos mujeres, dos trabajadoras, dos seres humanos que se pusieron de parte de la vida– en-



contramos el eco del mito griego de Antígona (que desobedece al rey para obedecer la ley más profunda de la vida: sepultar a su hermano muerto en la batalla). En ellas reviven las mujeres del Génesis, las otras mujeres de la Biblia. En ellas se anuncia a María y a todas las mujeres que hoy siguen engendrándonos. En ellas reviven los carismas y el «perfil mariano» de la tierra.

Todo el comienzo del libro del Éxodo se desenvuelve bajo el signo de las mujeres que salvan la vida. La madre de Moisés desobedeció la nueva orden del faraón de «echar al Nilo a todo varón que nazca» (1, 22) y salvó al niño. Lo escondió y, cuando no pudo «ocultarlo ya por más tiempo», construyó una cestilla de papiro, puso dentro al niño y se lo entregó a las aguas del Nilo (2, 2-3). Otra mujer, la hija del faraón, encontró la cestilla en el río y, al ver que contenía «un niño de los hebreos», «se compadeció de él» (2, 5-7).

Toda la escena del encuentro de la cestilla a orillas del gran río está acompañada por la mirada de la hermana de Moisés: «La hermana del niño se apostó no lejos para ver lo que pasaba» (2, 4). Es estupenda esta mirada de mujer-niña que acompaña el recorrido de la cestilla por el río corriendo a lo largo de la orilla: una mirada buena de amor inocente que nos recuerda la de Elohim cuando seguía el recorrido sobre las aguas de la barca-cesta que contenía a Noé el justo. No es casualidad que la palabra hebrea *tevá*, se use tanto para la cesta de Moisés como para el arca de Noé. La hermana de Moisés habló con la hija del faraón y se ofreció para encontrarle una nodriza entre los hebreos. La hija del fa-

raón aceptó el ofrecimiento y le dijo: «Toma este niño y críamelo, que yo te pagaré» (2, 9).

Otro trabajo de mujer que salva, el más íntimo (el intercambio de leche entre mujeres por la vida), al lado de otra palabra crucial: *salario*. En un tiempo de sufrimiento tanto para el trabajo como para el salario, cuando las leyes de los faraones no quieren que nazcan niños o quieren transformarlos en una mercancía, este comienzo del Éxodo debe hablarnos y sacudirnos con fuerza. El faraón quería utilizar dos trabajos para eliminar a los hijos de Israel: el trabajo forzado de los ladrillos y el de las parteras. Pero ninguno de estos trabajos se alió con la muerte. Las parteras eligieron por vocación la vida, pero tampoco los trabajos forzados vencieron, porque «cuanto más los oprimían, tanto más crecían y se multiplicaban» (1, 12). A pesar del faraón, el trabajo se alía con la vida y no se deja utilizar fácilmente con fines de muerte. Los faraones siempre están tentados de manipular nuestro trabajo, pero incluso en los peores trabajos podemos salvarnos. Trabajar es parte de la condición humana, y por eso tenemos la capacidad de hacernos amigos del trabajo –a pesar de los poderosos y de los imperios– y de convertir el *trabajo-lobo* en *hermano trabajo*. Más difícil resulta hoy salvarse del *no-trabajo forzado*.

El comienzo del Éxodo nos muestra una maravillosa alianza entre mujeres que cooperan por la vida saltando por encima de jerarquías sociales, de maridos y de padres opresores y oprimidos. Estas alianzas cruzadas entre mujeres han salvado muchas vidas durante las